

Empresarios: La construcción de un sujeto social. 25 años de seguimiento e interpretación

Rafael Montesinos*

El objetivo de este artículo es dibujar el contexto económico, pero sobre todo político respecto del papel que juegan los empresarios a lo largo de la transición mexicana. Pero sobre todo intenta destacar cuáles han sido los aportes de *El Cotidiano* como un instrumento que impacta a la comunidad académica preocupada por generar interpretaciones lo más apegadas posibles a la realidad nacional. Como se podrá apreciar, aquí se ubica el “estado del arte” del papel político de los empresarios y, por tanto, los aportes concretos que por esta vía de comunicación político-académica se han hecho sobre el tema. A diferencia de otros objetos de estudio, el tema concreto del papel político de los empresarios mexicanos se ha estudiado muy poco. *El Cotidiano* ha sido vocero de varios de los escasos especialistas sobre el tema, pero su aporte, en esa misma proporción, adquiere especial significación tanto por la óptica implícita en el propio concepto editorial de la revista, como por su evidente compromiso para conocer a profundidad la coyuntura nacional.

El papel político de los empresarios, como campo de estudio

Aunque todavía existan muy pocos trabajos de investigación sobre el tema de los empresarios mexicanos, actualmente se advierte una amplia gama de enfoques sobre este importante sector de la sociedad mexicana. Tal situación obedece, en parte, a que en ocasiones no se distingue

claramente si el objeto de estudio que se proponen especialistas de diferentes disciplinas, corresponde a las empresas o a los empresarios. Esto es, si se trata de analizar la figura de la entidad reproductora del capital o si el interés radica en el propietario del capital como sujeto histórico; si el objeto de estudio lo constituye una estructura administrativa que se fija un objetivo económico, o se trata del papel político, económico, y/o cultural, de un actor social.

De tal manera que si de antemano *definimos a la política como el elemento distintivo de los empresarios como objeto de estudio*, estaremos en condiciones de discriminar aspectos y

particularidades de interés en esa aparente diversidad del tema. De ser ello posible, estaríamos despojándonos del peso que representan el tipo de trabajos provenientes de las ciencias de la gestión o administrativas, y de una parte significativa de los trabajos de investigación atribuibles a la economía, la sociología urbana, y las ciencias del desarrollo industrial, en la medida que destaca la problemática que impone el desarrollo económico regional, a su nivel internacional o local. Por su parte, trabajos provenientes de la antropología y la sociología del trabajo, abordan temas de la cultura empresarial, dimensionando su interpretación a partir de las imágenes etnográficas

* Profesor-investigador, Depto. de Sociología, UAM-I. colaborador de *El Cotidiano* desde 1992, primer editor de la revista, primera colaboración en el número 50 que se publicó en septiembre-octubre de ese mismo año.

que permiten introducirnos en el mundo simbólico de los actores internos, o de aquellos que al considerar lo externo, ponen interés en el papel que juegan los trabajadores como actores políticos y en el cambio de las estructuras del poder.

A partir de un escenario mucho más definido en el terreno de la temática política, habrían de considerarse los trabajos que desde la economía trabajan el tema de los empresarios como actores sociales o agentes económicos, que inevitablemente tienen que ponderar el papel que desempeñan tanto en el ámbito económico como en el político; y desde luego, las investigaciones provenientes de la sociología y la ciencia política, que se plantean como objetivo central el estudio del papel político que juegan los empresarios en México, y que inevitablemente traspasa las fronteras sistémicas de la economía y la cultura.

Visto desde el punto de vista temático y con el interés de delimitar lo mejor posible el papel que juegan los empresarios en la reproducción del sistema político mexicano, habremos de implementar otro criterio más, que evite confundirnos ante la posible ambigüedad que provoca referirnos a la cuestión política, exclusiva materia de interés en el que se inserta nuestro objeto de estudio, a partir de la referencia de estructuras de poder. Cuando aludimos a ese término se coloca en el punto de interés a las estructuras del poder político, el que se dirime en el espacio público, lo cual permite diferenciar los trabajos que colocan como objetivo el estudio del empresario como actor político, como sujeto de un sistema político moderno, y no como agente "general" del poder. De modo que interesa una expresión específica de la forma cómo los empresarios ejercen el poder, aquellas prácticas de su cultura política que reflejan la capacidad para competir por el poder político, su decisión de luchar por el poder formal e institucional, su objetivo de apropiarse de la máxima posición en la estructura jerárquica del poder. Por ello, se destacan las acciones políticas de los empresarios las cuales determinan su relación con el Estado y su relación con otros actores sociopolíticos.

Tal visión podría permitir el distanciamiento de los trabajos de investigación que ofrece la historia, particularmente los provenientes de aquellos enfoques descriptivos, donde las interpretaciones consideran cualquier forma de poder sin distinguir si se trata del propietario de alguna forma de capital, que no necesariamente corresponda a una etapa del desarrollo industrial del país. Razón por lo cual, en muchas ocasiones desde la historia nos llegan descripciones de la realidad social mexicana, que giran en torno a los hacendados, más vinculados con la actividad agrícola o

agroindustrial, y por tanto, en el mejor de los casos, abre una sugerente perspectiva sobre la formación y el desarrollo del capitalismo en México. En ese sentido cursan los trabajos de Mario Cerutti, quien abundó en ese campo, el conocimiento requerido para comprender el desarrollo de las empresas y los empresarios más importantes de Monterrey. O el caso de trabajos que trataron el tema de los propietarios del capital, cuando en la ciencia social en México predominaba el concepto de oligarquía o burguesía. Como es el caso de los trabajos de Jorge Carrión y Alonso Aguilar¹; el de Juan Felipe Leal²; y posteriormente el de Alonso Aguilar³.

Sin embargo, en la misma línea histórica, existen al menos dos trabajos que permiten contemplar dos aspectos de los procesos políticos y el papel que juega el empresariado en la reproducción del poder. Uno es el trabajo clásico de Nora Hamilton al cual se remiten prácticamente todos los especialistas en estudios sobre el papel político de los empresarios en México, particularmente por el grupo de investigadores que se organizó alrededor del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comesco) especializado en *Empresarios y Empresas*⁴, donde se hace evidente la vinculación entre la élite política y la clase económicamente poderosa, a partir del concepto gramsciano de *bloque en el poder o bloque dominante*, por lo cual en la discusión que abre sobre el tema, particularmente Poulantzas, se alude al concepto de *autonomía relativa del Estado capitalista respecto de la fracción económicamente dominante*. Y que en el caso de México tuvo bastante aceptación para analizar el proceso de transición que inicia en los años sesenta, en el periodo de agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, y por tanto de la transformación de las estructuras económicas, políticas y socioculturales.

De la misma manera, existe un libro de corte histórico que trata el tema de los empresarios desde el punto de vista político, el de María del Carmen Collado⁵, que a pesar de tratar un periodo tan breve, deja muy clara la forma en que este sector social se va incorporando al sistema político que se define a partir de 1929. De hecho, la perspectiva histórica que aquí se ofrece, permite a los especialistas interesados en

¹ Jorge Carrión y Alonso Aguilar (1972) *La burguesía, la oligarquía y el Estado*.

² Juan Felipe Leal (1972) *La burguesía y el estado mexicano*.

³ Alonso Aguilar (1983) *Estado, capitalismo y clase en el poder en México*.

⁴ Se trata del libro publicado en 1983, *México: los límites de la autonomía del Estado*.

⁵ María del Carmen Collado (1996) *Empresarios y políticos, entre la restauración y la revolución 1920-1924*.

el papel político que juegan los empresarios en el periodo de la transición, ubicar cuál es el papel que contempla la clase gobernante del periodo posrevolucionario para este actor político en concreto. Lo cual, aunque se trate de un periodo un tanto lejano al periodo de la transición, hace posible distinguir *cómo se va definiendo la cultura política del empresariado* que caracterizó a este sector social.

Por otra parte, tenemos los *libros de autor o en co-autoría* que tratan en específico el tema del empresariado mexicano, en este caso tenemos el libro pionero de Marco Antonio Alcázar⁶, que abre el flanco de análisis sobre la participación política de ese sector social, a través de la estructura corporativa que deja a la deriva al empresariado en el sistema de partidos hegemónico. También se cuenta con el libro de Flavia Derossi⁷, donde se abonan más elementos que arrojan más luz sobre el papel político de los empresarios, su desarrollo económico, así como desencuentros y acuerdos entre el sector privado y el público. En esa misma línea se ubica el trabajo de Elvira Concheiro, Juan Manuel Frago y Antonio Gutiérrez⁸, trabajo en el cual se analiza el papel político que juegan los empresarios al inicio de la transición mexicana, a través de las principales organizaciones empresariales. Después se publica un libro que tuvo mucho más difusión que el anterior, el de Salvador Cordero, Rafael Santín y Ricardo Tirado⁹, cuya característica fue relacionar lo político y lo económico; peculiaridad que nos permite comprender cómo las nuevas formas de organización económica y financiera de los grupos empresariales más importantes, permiten a este sector social posicionarse en el escenario político nacional y hacer sentir su poder a la élite política.

En este mismo periodo (1979-1983), habrá de destacarse un peculiar libro que la *Coparmex* publicó en 1979¹⁰, donde hace una lectura de un largísimo periodo de la historia contemporánea de México, destacando el papel que esta organización ha jugado en el desarrollo del sistema político y el que estaba dispuesto a desempeñar hacia el futuro. Aquí no se deja lugar a la especulación respecto de su ideología, sus posiciones políticas sobre eventos específicos de la historia y sus aspiraciones como actor social protagónico en el futuro de la nación, puesto que se parte de una versión propia de esta corporación empresarial.

⁶ Marco Antonio Alcázar (1970) *Las agrupaciones patronales en México*.

⁷ Flavia Derossi (1971) *El empresario mexicano*.

⁸ Elvira Concheiro, Juan Manuel Frago y Antonio Gutiérrez (1979) *El poder de la gran burguesía*.

⁹ Salvador Cordero, Rafael Santín y Ricardo Tirado (1983) *El poder empresarial en México*.

¹⁰ *Coparmex. Su origen y desarrollo. Hacia los próximos 50 años*.

Posteriormente, Benito Rey Romay¹¹, nos ofrece una perspectiva a partir de la cual se comprenden las contradicciones existentes entre las élites gobernantes y las económicas, la confrontación entre el sector privado y el sector público. Esta interpretación se apoya en información financiera que deja claro el papel que jugó el Estado mexicano en la promoción del proceso de industrialización y los beneficios que obtuvo el empresariado. No obstante que la participación directa del Estado en la economía provoque, sobre todo después de los años cincuenta, el encono del sector empresarial, y por tanto, constituya la referencia obligada del conflicto Estado-empresarios que caracterizó la primera etapa de la transición mexicana, 1960-1982¹².

En el caso de *El Cotidiano*, uno de los fundadores de esta revista, Edmundo Jacobo, formaba parte de un importante grupo de especialistas sobre el tema, donde lo acompañaban visiblemente Celso Garrido y Enrique Quintana. De tal manera que ya en los primeros dos números de la revista en el año de 1984, se abordaba el tema del papel político de los empresarios en México, como sujetos que participan en el poder y, por tanto, en la definición de la coyuntura nacional.

También se ha estudiado a los empresarios de diversas regiones de México. Para el caso de Jalisco existe el trabajo de Fernando González y Carlos de Alba¹³, en el que se presenta la articulación social, ideológica, cultural y política de los empresarios tapatíos y su relación con el poder público. El libro de Carlos Alba y Dirk Kruijt¹⁴ donde se examina la

¹¹ Benito Rey Romay (1984) *La ofensiva empresarial contra la intervención del Estado*.

¹² A partir de los cambios estructurales que supone la transición mexicana, existe entre la comunidad un acuerdo implícito respecto a que en el periodo 1960-1982 se trató de un cambio sobre todo político y cultural, que explica solamente la nueva relación entre el Estado y la sociedad. Lo que supone mantiene intacto el presidencialismo, la presencia de un partido hegemónico, su expresión corporativo-clientelista, el manejo de un discurso nacionalista-revolucionario. Mientras en el terreno económico se da cuenta del agotamiento del modelo de desarrollo denominado "sustitución de importaciones", basado en una economía protegida, una intervención directa del Estado en la economía y la definición de una política asistencialista. En el siguiente periodo, 1982-2006, se observan nítidamente cambios tanto en lo político como en lo económico, se genera un proceso de equilibrio entre los poderes, emerge una oposición "real" en sustitución de la formal, surgen nuevos movimientos sociales y de ONG's, el Estado abandona el discurso nacional-revolucionario lo que refleja el rompimiento con el manejo populista de la política. Mientras en el ámbito económico se da un giro de 180 grados: apertura económica, privatización de la economía, adelgazamiento del Estado, política salarial y abandono de la política asistencialista.

¹³ Fernando González y Carlos de Alba (1989) *Cúpulas empresariales y poderes regionales en Jalisco*.

¹⁴ Carlos Alba y Dirk Kruijt (coordinadores) publicado en 1988: *Los empresarios y la industria de Guadalajara*.

formación y la trayectoria de ocho grupos empresariales. Y en el caso el libro de Luis Alfonso Ramírez¹⁵, en el que también se da cuenta del desarrollo agroindustrial y la relación entre el poder político y el económico.

Al poco tiempo, tuvimos a la mano un libro que fue un tanto olvidado por los especialistas en los estudios sobre el papel político de los empresarios mexicanos, y que sobre todo a partir de 1988, adquiere vital importancia para la comunidad especializada en empresarios y sistemas electorales. Es el caso del libro de Abraham Nuncio¹⁶, en el cual se plantea un panorama acerca de la participación de los empresarios del norte del país, en la promoción y desarrollo del *Partido Acción Nacional*. Uno de los aspectos que descubre este trabajo es la relación entre ese partido y las organizaciones empresariales, particularmente el papel que juega en ese proceso la *Coparmex*. Evidentemente, hoy, un libro de obligada referencia para aquellos interesados en analizar la trayectoria del empresariado mexicano en el sistema de partidos existente en México, y para comprender algunas de las causas más importantes del porqué y el cómo llegó ese partido al poder en las elecciones del año 2000. Dos años más tarde se publicó el libro de Carlos Arriola¹⁷, trabajo que pareció eclipsar la presencia de otros trabajos sobre el tema, pues la mayoría de los especialistas inevitablemente hacían referencia a este trabajo que nos presenta la clara trayectoria de los conflictos entre el Estado y los empresarios mexicanos a lo largo de dos periodos sexenales, los de la debacle de la hegemonía de la clase gobernante y el paulatino ascenso político de las élites económicas. Este escenario se vio complementado por el trabajo de Rogelio Hernández¹⁸, el cual hizo más evidente la fractura del bloque dominante, a partir del conflicto que generó la decisión de ese presidente por nacionalizar la banca. Esta es una inevitable referencia para comprender el ascenso político de los empresarios mexicanos, y particularmente la emergencia del *neo-panismo*.

En ese mismo año, se publica el libro de René Millán¹⁹, donde ya se avanza en lo que puede ser considerado como el segundo periodo de la transición (1982-2006) lo cual permite comprender el devenir del cambio en la relación entre el Estado y los empresarios mexicanos, al

¹⁵ Luis Alfonso Ramírez (1989) *Los empresarios de la península de Yucatán*.

¹⁶ Abraham Nuncio (1986) *El PAN. Alternativa de poder o instrumento de la oligarquía empresarial*.

¹⁷ Carlos Arriola (1988): *Los empresarios y el Estado 1970-1982*.

¹⁸ Rogelio Hernández (1988): *Empresarios, Banca y Estado. El conflicto durante el gobierno de José López Portillo, 1976-1982*.

¹⁹ René Millán (1988) *Los empresarios ante el Estado y la sociedad*.

dejar ver un nuevo escenario político caracterizado por la posibilidad de superar el conflicto político entre estos dos actores políticos, y pasar a una nueva relación fundada en la alianza, y por tanto, la cohesión del bloque en el poder. Este es uno de los primeros trabajos donde se hace patente el interés del autor por utilizar una metodología sobre la cual plantear una posible interpretación sobre los empresarios y la transición mexicana.

Luego, dentro de ese mismo bloque de autores y coautores sobre el tema de los empresarios, tenemos el libro de Dale Story²⁰, quien nos ofrece un rico panorama sobre el modelo de desarrollo económico y el papel político de los empresarios, particularmente el relacionado con el surgimiento de la *Canacintra*, y por tanto, de la posibilidad de comprender la heterogeneidad del sector empresarial, lo cual nos obliga a distinguir diferentes ideologías, formas de insertarse en las estructuras políticas y formas de establecer relación con el Estado. Esta interpretación nos permite comprender cómo, al menos el sector empresarial representado por la *Canacintra*, incorpora el *nacionalismo* como signo de identidad, mismo que explica su proximidad con la clase gobernante. Condición que se pone en juego al calor del proceso de la transición y con decisiones tan importantes como la incorporación de México al GATT.

En ese mismo año se publica el libro de Roderic A. Camp²¹, en el cual se ofrece una interpretación más actualizada de la posición política e ideológica de los empresarios mexicanos, donde se incluyen los testimonios de los líderes de las principales organizaciones empresariales, de propietarios de importantes firmas y de empresarios que no necesariamente están involucrados formalmente en alguna estructura del sistema político.

En 1992, la revista *El Cotidiano* publicaba un número especial para celebrar su llegada a los 50 números. En esa oportunidad se convocó a un nutrido número de especialistas sobre los diferentes ámbitos de la coyuntura nacional. En lo tocante al tema se contó en aquel entonces con la colaboración de Cristina Puga, Ricardo Tirado y Matilde Luna, tres especialistas del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y yo colocaba mi primera publicación sobre los empresarios mexicanos. Celso Garrido también participó en ese número especial de *El Cotidiano*, pero colaboraba en la sección dirigida al análisis de la economía nacional.

²⁰ Dale Story (1990) *Industria, Estado y política en México. Los empresarios y el poder*.

²¹ Roderic A. Camp (1990) *Los empresarios y la política en México: una visión contemporánea*.

En ese mismo año 1992, Matilde Luna²², nos ofrece una peculiar interpretación sobre el papel político que juega ese sector en el proceso de la transición, pues éste se articula en la lógica de un sistema de toma de decisiones, de definición de políticas públicas, y por tanto, desde la gestión gubernamental que da forma a un plan sexenal donde, evidentemente se considera el papel económico y social que juega el sector empresarial. Como Luna sugiere en el título de su libro, el periodo que cubre alcanza, también, un brevísimo periodo en el cual ya se pueden observar algunas señales de superación de los conflictos entre el gobierno y los empresarios mexicanos. Posteriormente, el libro de Elvira Concheiro²³, no deja la menor duda de que ese proceso de conciliación entre las élites políticas y las económicas se ha estabilizado a partir del proyecto de nación promovido por la *tecnocracia* que llegó al poder a partir de 1982, y que en el gobierno salinista se encargó enfáticamente de consolidar. Aquí se hace claramente evidente la alianza entre políticos y empresarios, quienes comparten una visión semejante de lo que ha de ser el futuro del país y la ideología que impera en las altas esferas del poder.

En el año de 1997, *El Cotidiano* decidió publicar su número 81, correspondiente al mes de enero-febrero de 1997, al tema de los empresarios mexicanos. En la sección dedicada al tema, la revista tuvo la participación de Matilde Luna (IIS/UNAM, ahora trabajando cuestiones de tecnología y la cultura empresarial; Griselda Martínez V. (UAM-X) haciendo el análisis de las mujeres empresarias; Ricardo Tirado (IIS/UNAM) analizando el futuro del corporativismo; Fernando Roman (Director Regional de COPARMEX), y su servidor, Rafael Montesinos (UAM-I), analizando detalladamente el discurso político de las organizaciones empresariales.

En esa mismo año, aparece un libro muy ambicioso en cuanto al periodo que analiza (porfiriato-salinismo), el de Francisco Valdés²⁴, donde el autor esgrime un marco de referencia teórico que le permite ensayar una interpretación que contempla tanto el proceso de industrialización como seguir el papel que juegan los empresarios mexicanos en la definición y transformación del sistema político mexicano. Valdés coloca al empresariado como un sujeto social que toma parte activa en el desarrollo del capitalismo en nuestro país, lo cual permite comprender este complejo proceso a

partir de la relación clase gobernante-sector empresarial, donde se otorga prioridad al papel que juega la ideología de este actor social a lo largo del periodo posrevolucionario hasta 1988, concluido el primer gobierno tecnocrático.

En el año 2000, *El Cotidiano* llegó a su número 100, en esa oportunidad el tema de los empresarios aparecía visiblemente disminuido en la sección que se denominó *Economía y Trabajo*. Sobre el tema del papel político de los empresarios mexicanos, solo apareció un artículo sobre neoliberalismo y transición, que firmamos Rafael Montesinos y Griselda Martínez V.

Avanzando en el periodo de la transición mexicana, con una perspectiva, también histórica, que abarca un amplio periodo del siglo XX, se encuentra el libro de Rocío Guadarrama²⁵, donde además, se incorpora una visión regional respecto a la conformación del sistema político mexicano, que permite observar el papel particular que juegan los empresarios de Sonora en la definición del proyecto de nación, lo que supone incursionar en el desarrollo de los grupos económicos de la región, así como el análisis del papel que juegan las organizaciones empresariales en su dimensión nacional-regional.

En 2003, en el número 119 de *El Cotidiano* se presenta el análisis sobre los tres primeros años del gobierno de Fox, un empresario que había llegado al poder en el marco de una coyuntura tan compleja como la vivida por nuestro país. En aquel entonces, también apareció otro artículo de mi autoría, y en el título del mismo ni siquiera se pronuncia la palabra “empresario”, se ofrece un panorama sobre el tema que en la revista ya se venía presentando desde el número 50.

Una nueva perspectiva que se abre en la línea de libros de autor sobre la temática del papel político de los empresarios mexicanos, es el libro de Cristina Puga²⁶, que en su esencia coloca la discusión en la lógica de la globalización y, dentro de ella, la nueva gobernanza y coordinación económica entre el sector público y privado. A nivel de antecedentes ofrece un rapidísimo recorrido por el papel que los empresarios tienen como actores políticos, a partir del papel que juegan las principales organizaciones sectoriales, para de lleno introducirnos en el complejo proceso de la firma del TLCAN. Aquí sale a relucir el carácter ideológico del empresariado mexicano, y la firma del acuerdo como

²² Matilde Luna (1992) *Los empresarios y el cambio político. México 1970-1987*.

²³ Elvira Concheiro (1996) *El gran acuerdo. Gobierno y empresarios en la modernización salinista*.

²⁴ Francisco Valdés (1997) *Autonomía y legitimidad. Los empresarios, la política y el Estado*.

²⁵ Rocío Guadarrama (2001) *Los empresarios norteros en la sociedad y la política del México moderno. Sonora (1929-1988)*.

²⁶ Cristina Puga (2004) *Los empresarios organizados y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte*.

expresión de la proximidad ideológico-político de la tecnocracia y los empresarios mexicanos.

Vale también destacar dos libros que emulan desde su título el tema de nuestro interés, a través de un enfoque de tipo periodístico, el de Manuel Buendía²⁷; y el de Gabriel Zaid²⁸. El primero refleja la forma en que los hombres del dinero se insertan en los diferentes juegos del poder; el segundo, abre un panorama más próximo a cuestiones de índole de la cultura empresarial, a aspectos más relacionados con la ética de la gestión empresarial, que con la política.

Por último, en lo referente a los libros de autor o coautor, tenemos los trabajos relativos a las biografías o autobiografías que se han dibujado en torno a las figuras empresariales más destacadas en el panorama económico o aquellos que han incursionado exitosamente en la política. En ese plano tenemos libros como el que ofrecen Alicia Ortiz Rivera²⁹; Enrique Nanti³⁰; Manuel Espinosa Iglesias³¹; Claudia Fernández y Andrew Paxman³²; José Martínez³³, entre otros. E inevitablemente están los textos que giran en torno a la figura del primer presidente de la República de la oposición, Vicente Fox. Es el caso de su propio libro³⁴, Miguel Ángel Granados Chapa³⁵; Guillermo H. Cantú³⁶; Francisco Ortiz³⁷; y el de Katia D'Artigues³⁸.

En 2007 ve luz el libro de mi autoría³⁹. Debo decirlo, producto de una larga investigación que venía realizando desde 1984, y que a partir de 1992, fue encontrando en *El Cotidiano* los primeros espacios para su publicación.

Por otra parte, tenemos el caso de los libros colectivos monotemáticos que tratan la temática empresarial, desde el desarrollo histórico del empresariado mexicano, el análisis del papel político de las organizaciones sectoriales, la

formación de grupos económicos, así como su relación con las élites gobernantes. Se trata de trabajos que reúnen una amplia gama temática y por tanto, se presentan generalmente como trabajos multidisciplinarios. En esta vertiente tenemos el libro compilado por Julio Labastida⁴⁰, producto de uno de tantos seminarios que en su gran diversidad temática comenzaba a descubrir el importante papel político, económico y cultural que jugaban los empresarios, tanto en el desarrollo del capitalismo como en la definición del sistema político mexicano. Así como el libro coordinado por Carlos Alba⁴¹, que ofrece un panorama sobre el progreso, formación y desarrollo de empresarios y empresas de diversas regiones de México.

En una perspectiva de la *política comparada* tenemos el esfuerzo de CLACSO, por establecer las proximidades económicas, políticas y culturales en la definición de los proyectos políticos emergentes después de las dictaduras que predominaron el escenario de América Latina. Por lo tanto, destacando el papel político de los empresarios en la definición del rumbo de cada uno de esos países. Es el caso del libro colectivo coordinado por Celso Garrido⁴².

Existe también un libro colectivo *sui generis* compilado por Carlos Arriola⁴³, donde se presentan las perspectivas que los empresarios tenían de su función económica en el proceso de modernización industrial durante el salinismo. Se trata de una interpretación de lo que acontece en un periodo de la transición mexicana desde el punto de vista del actor mismo, no de quien lo interpreta. Lo cual explica lo interesante de un trabajo de este tipo que lo mismo reúne a líderes empresariales que a importantes empresarios, quienes desde su experiencia personal y campo de desarrollo, hacen una interpretación de los desafíos que desde su perspectiva enfrenta el país.

En ese mismo bloque de trabajos colectivos monotemáticos, están dos libros que son producto de eventos realizados por *Comecso*, uno, el coordinado por Cristina Puga y Ricardo Tirado⁴⁴, y otro coordinado por Ricardo Pozas y Matilde Luna⁴⁵. En ellos también se da cuenta de la complejidad del tema que inevitablemente fluye entre la cuestión de los

²⁷ Manuel Buendía (1986) *Los empresarios*.

²⁸ Gabriel Zaid (1995) *Hacen falta empresarios creadores de empresarios*.

²⁹ Alicia Ortiz Rivera (1997) *Juan Sánchez Navarro. Biografía de un testigo del México del siglo XX*.

³⁰ Enrique Nanti (1998) *El Maquío Clouthier*.

³¹ Manuel Espinosa Iglesias (2000) *Bancomer. Logro y destrucción de un ideal*.

³² Claudia Fernández y Andrew Paxman (2000) *El Tigre. Emilio Azcárraga y su imperio Televisa*.

³³ José Martínez (2002) *Carlos Slim. Retrato inédito*.

³⁴ Vicente Fox (1999) *A Los Pinos. Recuento autobiográfico y político*.

³⁵ Miguel Ángel Granados Chapa (2000) *Fox & Co. Biografía no autorizada*.

³⁶ Guillermo H. Cantú (2001) *Asalto a palacio. Las entrañas de una guerra*.

³⁷ Francisco Ortiz (2002) *Comprender a la gente. Por qué ganó Fox*.

³⁸ Katia D'Artigues (2002) *El gabinetazo*.

³⁹ Rafael Montesinos. *El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de los sistemas (UAM-I)*.

⁴⁰ Julio Labastida (1986) *Grupos económicos y organizaciones empresariales en México*.

⁴¹ Carlos Alba (1987) *Historia y desarrollo industrial*.

⁴² Celso Garrido (1988) *Empresarios y Estado en América Latina*.

⁴³ Carlos Arriola (1991) *Los empresarios y la modernización económica de México*.

⁴⁴ Cristina Puga y Ricardo Tirado (1992) *Los empresarios mexicanos, ayer y hoy*.

⁴⁵ Ricardo Pozas y Matilde Luna (1989) *Las empresas y los empresarios en el México contemporáneo*.

empresarios como sujetos sociales, y las empresas como entidades productivas. En el primero de estos libros aparece publicado mi primer análisis sobre el discurso político de las organizaciones empresariales, y ya me encontraba colaborando con *El Cotidiano* como colaborador.

Por otra parte, están los libros colectivos con una amplia gama temática que plantea como objetivo el análisis de la coyuntura, al relacionar a la política, la economía y la cultura. Los trabajos más completos de esa índole, invariablemente contienen, al menos, un artículo sobre el papel político de los empresarios mexicanos. Es el caso de libros donde participan Ricardo Cinta, Julio Labastida, et al.⁴⁶; el coordinado por Jorge Alonso⁴⁷; el de Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo⁴⁸; el de Jorge Alonso y Alberto Aziz Nassif⁴⁹; el de varios autores⁵⁰; el de Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín⁵¹; el en que participan Cristina Puga, Ricardo Tirado y otros autores⁵²; el coordinado por Abraham Nuncio⁵³. Hubo dos libros colectivos que recobran una perspectiva histórica que recoge la diversidad política a través de un panorama multitemático, y con el objetivo de tratar una coyuntura desde el análisis retrospectivo. El primero, de muy largo alcance, pretende recobrar el análisis de los principales actores políticos y su forma de interactuar con el sistema político, desde el porfiriato hasta el primer gobierno tecnocrático, el coordinado por Octavio Rodríguez Araujo⁵⁴. El segundo, coordinado por Rafael Loyola⁵⁵, que ofrece una aproximación detallada de la coyuntura, al concentrarse en un periodo más acotado de la historia contemporánea de México, donde uno de los casos que se tocan es el del papel político de los empresarios.

Y nuevamente trabajos colectivos multitemáticos que presentan análisis de coyuntura más recientes, como el coordinado por Arturo Anguiano⁵⁶; el compilado por Carlos

Bazdresch, Nisso Bucay, Nora Lustig y Soledad Loaeza⁵⁷; el coordinado por Héctor Tejera Gaona⁵⁸; el coordinado por Rocío Guadarrama⁵⁹; y el coordinado por Raúl Corral y Alfredo Rojas Díaz-Durán⁶⁰; el coordinado por Ilián Bizberg y Lorenzo Meyer⁶¹, entre otros.

En este marco es que se hace indispensable reconocer a revistas especializadas que a lo largo de su existencia han entregado en algunos de sus números, significativos artículos sobre los empresarios y las empresas, es el caso de *El Cotidiano* y *Sociológica* de la Universidad Autónoma Metropolitana; *Revista Mexicana de Sociología y Estudios Políticos* de la Universidad Nacional Autónoma de México; *Estudios Sociológicos* y *Foro Internacional* de El Colegio de México, entre muchas otras.

Por último, hago mi reconocimiento a la valía de tres libros que abrieron la discusión sobre la lucha política en el contexto del *proceso de transición*, y que sin necesidad de sugerirlo en el título de los mismos, abren capítulos al interior de esos trabajos para tratar el caso de los empresarios, significativos actores políticos que reflejan el conflicto que provocó la erosión de las estructuras del poder que explican el inicio de un proceso de deslegitimación de la clase gobernante. Los títulos de los libros son por sí solos elocuentes, se trata del trabajo de Américo Saldívar⁶²; el de Rolando Cordera y Carlos Tello⁶³; y el de Miguel Basáñez⁶⁴, así como su versión revisada y aumentada del anterior⁶⁵. Estos trabajos, sin duda, permitieron colocar la discusión sobre los conflictos y alianzas del bloque de poder, permitiéndonos comprender la dinámica política del complejo proceso de la transición mexicana.

Las principales conclusiones de estos estudios y su relación con el tema de los empresarios mexicanos en el marco de la coyuntura nacional, son las siguientes: 1) Dan

⁴⁶ *El perfil de México en 1980. Sociología, política y cultura*, vol. 3.

⁴⁷ Jorge Alonso (1980) *El Estado mexicano*.

⁴⁸ Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (1992) *El nuevo Estado mexicano. III. Estado, actores y movimientos sociales*.

⁴⁹ Jorge Alonso y Alberto Aziz Nassif (2005) *El Estado Mexicano. Herencias y cambios*.

⁵⁰ (1981) *Lecturas de política mexicana*.

⁵¹ Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (1985) *México ante la crisis*.

⁵² (1986) *Evolución del Estado mexicano. Consolidación, 1940-1983*.

⁵³ Abraham Nuncio (1987) *La sucesión presidencial en 1988*.

⁵⁴ Octavio Rodríguez Araujo (1988) *México: estabilidad y luchas por la democracia. 1900-1982*.

⁵⁵ Rafael Loyola (1990) *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*.

⁵⁶ Arturo Anguiano (1990) *La modernización de México*.

⁵⁷ Carlos Bazdresch, Nisso Bucay, Nora Lustig y Soledad Loaeza (1992) *México, auge, crisis y ajuste*.

⁵⁸ Héctor Tejera Gaona (1996) *Antropología política. Enfoques Contemporáneos*.

⁵⁹ Rocío Guadarrama (1998) *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*.

⁶⁰ Raúl Corral y Alfredo Rojas Díaz-Durán (2002) *México en la aldea global*.

⁶¹ Ilián Bizberg y Lorenzo Meyer (2003) *Una historia contemporánea de México. Transformaciones y permanencias*, tomos I y II.

⁶² Américo Saldívar (1980) *Ideología y política del Estado mexicano (1970-1976)*.

⁶³ Rolando Cordera y Carlos Tello (1981) *México, la disputa por la nación*.

⁶⁴ Miguel Basáñez (1981) *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*.

⁶⁵ (1990) *El pulso de los sexenios. 20 años de crisis en México*.

cuenta del proceso de formación y desarrollo del capitalismo en México; 2) del desarrollo de la clase capitalista desde los diferentes sectores de la economía; 3) hacen evidente el papel que juega el sector público y el privado en la expansión del mercado nacional y el tipo de vinculación que mantiene con el exterior; 4) permite comprender el papel que juegan los grupos económicos en la dinámica económica desarrollada en las diferentes regiones del país; 5) advertir acerca de los beneficios que los grupos empresariales y los empresarios obtuvieron en el siglo XX, sobre todo en el periodo posrevolucionario hasta 1982, y en el periodo siguiente hasta nuestros días; 6) entender el papel que juega el empresariado nacional en la formación del sistema político mexicano, sobre todo el correspondiente al lugar que ocupan las principales organizaciones empresariales; 7) que la clase empresarial no tiene una composición monolítica, y que por tanto es posible distinguir diferentes posiciones ideológicas ante el gobierno; 8) la participación de los empresarios en los partidos y, por tanto, su participación formal en el sistema político; 9) la vinculación entre el poder político y el poder económico, y por ello, los posibles conflictos y alianzas que acontecieron a lo largo del siglo XX; 10) que conforme el capitalismo se desarrolló en nuestro país el sector empresarial acumuló el suficiente poder para competir por el poder con la clase política; 11) la importancia que tiene el pensamiento empresarial en la formación, desarrollo e impulso de la ideología de derecha; 12) el papel sustancial que los empresarios jugaron en la definición y puesta en marcha del proyecto neoliberal que se puso en marcha desde 1982; 13) así como comprender las causas que motivaron que los empresarios accedieran al poder en el año 2000.

Se trata, entonces, de un conjunto de trabajos que ofrecen la posibilidad de comprender el desarrollo de la historia contemporánea de México, a partir del papel que los empresarios tuvieron.

Los empresarios en la transición y definición de la coyuntura

La transición mexicana, igual a cualquier transición “pacífica” de otra sociedad, representa un cambio en la dinámica de los procesos sociales que provoca la transformación de las estructuras que dan forma a una sociedad determinada. De tal forma que si consideramos de manera general que las sociedades contemporáneas se sustentan, al menos, en tres grandes estructuras: la política, la ideológica-cultural y la económica, aquí se tratan a partir de su permanente

interacción en la lógica de una *interpretación sistémica que explique la lógica que impone la coyuntura*. No obstante, lo importante es preguntarnos: ¿qué sucede con las relaciones sociales, y particularmente con las relaciones de poder, en este proceso de cambio? ¿cómo se transforman las estructuras de la sociedad mexicana y como se manifiesta la cultura política de los principales actores sociales? ¿qué pasó con las estructuras simbólicas del sistema político mexicano y cómo adquieren forma nuevos símbolos al paso de la transición?

El problema radica, entonces, en identificar, primero, las especificidades de las estructuras que permiten determinar que un sistema social perduró en un periodo determinado con ciertos rasgos que, en el contexto de la transición, se someten a un proceso de cambio profundo, el cual permite advertir una nueva forma y dinámica de las estructuras, que después de dicho proceso, constituyen el sustento de la sociedad. El reto metodológico está concentrado en la capacidad del analista para distinguir el pasado del presente, si la transición es entendida como un tiempo social nuevo, que nos permita hablar de cambio. Sin embargo, como lo sugiere Lévi-Strauss respecto a la interpretación del pasado⁶⁶, no basta con referirnos a ésta en su calidad histórica, esto es, como una continuidad que marca la secuencia evolutiva del proceso social, *sino de descubrir su carácter mítico*. Lo que a nuestro entender corresponde a los símbolos compartidos por la sociedad mexicana, o que sustentan, al menos, a la ideología dominante y los propios conflictos que se dan en el terreno de la economía y que, más tarde, tienen su repercusión en la configuración de una nueva relación Estado-sociedad que acontece conforme la transición crea nuevos referentes simbólicos que explican la transformación política que a partir del 2 de julio de 2000, vimos expresarse a partir del ascenso de la oposición al poder. Evidentemente, no se trata de un proceso acabado, pero al menos, el evento proyecta la emergencia de nuevos símbolos que explican sintéticamente una práctica política de la sociedad mexicana, que termina por sacar de Palacio Nacional a los personeros de un partido que se sostuvo en el poder por un largo periodo de setenta años.

En esa lógica, ya que el sistema político que se echó a andar con la fundación del partido oficial, en ese entonces, Partido Nacional Revolucionario (PNR), éste representó la pauta de los rituales desde los cuales se legitimó la práctica política de la *familia revolucionaria*, instalada en el poder desde la llegada de Carranza a la presidencia. Pero además

⁶⁶ Lévi-Strauss, 1979: 76.

definía los papeles de cada uno de los actores políticos que constituyeron la *fuera energética* que proveyó a los gobiernos posrevolucionarios, de la legitimidad necesaria para permanecer tanto tiempo en el poder. Se trataba, desde luego de una relación dialéctica, donde las principales clases sociales que permiten materializar a la sociedad contemporánea, eran precisamente dos fuentes antagónicas que en su interacción con los tomadores de decisiones, generaban consensos y disensos, expresiones que por su propia dinámica, contradictoria la mayor parte de las veces, permitieron delinear el proyecto de nación que guió a nuestra sociedad en una ruta de desarrollo económico que finalmente permitió superar los rasgos precapitalistas de nuestra sociedad.

Por su parte, los empresarios mexicanos, junto con los extranjeros, predominantemente los norteamericanos, lucharon políticamente por hacer valer sus intereses de clase; razón por la cual, dentro de las nuevas reglas del juego político, ejercieron la presión necesaria sobre el gobierno mexicano a partir de sus organizaciones sectoriales (la CONCANACO y la CONCAMIN), entidades creadas a iniciativa del propio gobierno carrancista, con toda la intención de establecer mínimas relaciones que permitieran reconstruir la economía mexicana, devastada por lo contienda revolucionaria. Sin embargo, tanto los empresarios mexicanos como los extranjeros, se sintieron amenazados por los preceptos constitucionales que concedían al Estado mexicano la posibilidad de revertir la propiedad y la explotación del subsuelo de la nación.

De hecho la cercanía del Estado en gestación en los primeros años posrevolucionarios, con los sectores de una clase obrera en ciernes, provocaban tal recelo en los empresarios que no perdían la oportunidad para presionar a los gobiernos en turno. Como hemos señalado, desde los años veinte, donde no es posible hablar en sentido estricto de la existencia de una opinión pública como la que tomó forma al finalizar el siglo XX, los empresarios nacionales utilizaban ya los medios de “difusión masiva”, la prensa, para expresar sus posiciones ante las decisiones gubernamentales. Esta práctica comenzaba a dar forma a un escenario político nacional que intentaba abandonar un pasado con claros rasgos de *premodernidad*.

No es gratuito que en el entorno político donde toma forma la estructura política que perdurará por el resto del siglo, las intenciones de Morones, en su calidad de líder de las clases trabajadoras, quisieron darle forma a un partido político representativo de esos sectores sociales, pero que además resolviera los conflictos provocados por la falta

de unidad entre los caudillos herederos de la Revolución Mexicana. Ni que por su parte, un importante grupo de empresarios del norte del país tomaran la iniciativa de crear una organización empresarial “realmente” representativa de los intereses concretos de dicha clase social: la COPARMEX; organización que nacía con el claro propósito de contener los logros obtenidos por las clases trabajadoras que en esos momentos se perfilaban a partir de la iniciativa de la Ley Federal del Trabajo que reconocía legalmente derechos básicos de los trabajadores.

Desde esos momentos, finales de los años treinta, comienza a tomar forma un sistema político donde la *familia revolucionaria* adopta la máscara de una *burocracia política* preocupada por legitimar el proyecto de nación que guía el desarrollo económico, político y social del México posrevolucionario. La relación Estado-partido oficial, así como la estructura corporativa sobre la que se sustenta, es lo que permite materializar, si así se puede decir, el gran símbolo que legitima la práctica política que permite permanecer en el poder a la élite política correspondiente: un nacionalismo que desde luego sintetiza su mejor expresión a partir de los colores de la bandera, pero mejor aún, al relacionar al partido oficial con los colores patrios. De tal manera que la legitimidad de las decisiones gubernamentales se vincula, necesariamente, a la presencia del partido oficial, desde su origen en 1929 hasta su deterioro político-ideológico de la dos últimas décadas de ese siglo.

De hecho, la forma que toma el corporativismo en el sistema político posrevolucionario, define las reglas del juego que determinan las prácticas políticas de los principales actores sociales. A las clases trabajadoras les corresponde participar mediante su filiación al partido oficial, mientras a los empresarios se les asigna, a partir de las organizaciones sectoriales de membresía obligatoria, un instrumento de participación política reducido a “órgano de consulta para el Estado mexicano”, lo que explica, primero, el carácter independiente al gobierno que se le imprime a la COPARMEX, y segundo, la iniciativa empresarial, a partir de Gómez Morín, quien había sido secretario particular de De la Huerta y representante del gobierno mexicano en las negociaciones con Estados Unidos para dar forma a un confiable sistema financiero, para formar el Partido de Acción Nacional en 1939, con el objeto de hacer contrapeso al partido oficial.

De tal manera que los conflictos surgidos entre los emisarios institucionales del poder político y los detentadores del poder económico, se dirimieron a partir de las negociaciones “bajo la mesa” o por la capacidad de presión

que los empresarios ejercían progresivamente, a partir de sus organizaciones empresariales, el PAN, así como por los vínculos establecidos con el clero, lo que dio forma a la derecha mexicana.

El sistema político posrevolucionario que hegemonizó la contienda política, tomó forma desde los años cuarenta, a partir de un presidencialismo muy evidente, que representó en el marco de un sistema paternalista, el predominio del Poder Ejecutivo sobre el Legislativo y Judicial. Dicha condición fue el elemento determinante para conferir en la figura presidencial la máxima expresión del poder que era capaz de tomar las decisiones que el sistema político respaldaría sin titubeo alguno. En ese sentido, es fundamental reconocer que la consistencia del sistema político mexicano que perdura hasta el año 2000, tiene como sustento la creación de un partido hegemónico que sienta sus bases en las estructuras representativas de las clases medias y trabajadoras, donde se excluye la participación formal de los propietarios del capital. Esto es la presencia de un partido corporativista, liderado por el presidente de la República en turno, lo que permite estrechar los vínculos entre el partido y el Estado mexicano, relación que define el predominio del partido oficial, cuyas bases legitiman el proyecto de nación promovido por la *familia revolucionaria*, quien en el contexto sociohistórico de una revolución que parece resolverse bajo un “nuevo” *contrato social*, la Constitución de 1917, toma como bandera ideológica un nacionalismo que se va a expresar a partir de una política económica proteccionista que tiene el propósito de garantizar la reproducción del mercado nacional.

La riqueza generada a partir de un proyecto económico atento a promover la actividad industrial con el claro objetivo de crear las condiciones para romper con las dependencias económicas externas, así como el papel directo del Estado en la economía, lo proyecta como intermediario entre las relaciones capital-trabajo, propiciando una figura sobredimensionada de los gobiernos mexicanos posrevolucionarios (sobre todo de la figura presidencial), que se ve fortalecida porque su función económica no se reduce a garantizar las condiciones externas de la economía, sino que al participar directamente en ésta lo proyecta como propietario de importantes empresas que en muchas ocasiones fueron punta del desarrollo industrial, y por lo tanto, como patrón-empleador y consumidor. Así que dicha presencia en el mercado es fundamental para su desarrollo y estabilidad, y esta característica le confiere un nuevo rasgo al modelo social mexicano que adquiere forma desde finales de los años treinta: *un modelo de economía mixta*. Donde, evidentemente,

se legitima institucionalmente la participación directa del Estado en la economía, a pesar del rechazo generalizado que los empresarios mexicanos expresan a partir del discurso de sus principales organizaciones empresariales.

Un partido hegemónico vinculado al Estado (con una relación corporativa hacia las clases trabajadoras), un liderazgo incuestionable del presidente de la República en turno y una economía mixta (con una clara participación directa del Estado) sustentado en una ideología nacionalista que exalta el compromiso del Estado con las mayorías (principalmente con las clases trabajadoras); son los precedentes del *Estado Benefactor a la mexicana* que se encargó generar las estructuras necesarias para un reparto menos inequitativo de la riqueza generada, al calor del modelo de sustitución de importaciones. Esta estructura simbólica es el *espacio imaginario* donde convergen y adquieren coherencia la política-ideología, la economía y la cultura, que le confieren a nuestra sociedad la unidad necesaria para superar el uso indiscriminado de la violencia. Esa compleja relación partido-Estado, partido-clases trabajadoras, presidente-masas, nacionalismo-modelo de desarrollo, papel económico del Estado-política social, proyecta un escenario político donde las fronteras entre los actores sociales y las instituciones son muy frágiles; de manera que para la *derecha mexicana*, tal proyecto represente la antítesis de un proyecto de nación favorable a sus intereses: 1) donde el nacionalismo de los gobiernos posrevolucionarios se aproxima peligrosamente a los proyectos del “socialismo realmente existente” que atentan contra los intereses de los propietarios del capital; 2) donde la presencia de un partido que aglutina a los caudillos de la revolución, contraponen la reproducción de la democracia, manipulando a las clases trabajadoras, las cuales son alentadas por la propia *burocracia política* a mantener una actitud hostil en contra de los propietarios de las empresas; 3) donde la política social que asegura la prestación de servicios públicos en el rubro de la educación, la salud y la recreación, son consideradas como pruebas del paternalismo de un Estado autoritario; y 4) donde la participación directa del Estado en la economía que garantizó el desarrollo industrial que propició la modernización económica de nuestro país, es considerada por los empresarios mexicanos como prácticas desleales que atentan contra las leyes del mercado y, por tanto, contra la propiedad privada, que es un valor indiscutible para los sectores conservadores de nuestra sociedad.

Esta estructura simbólica define la forma y dinámica del ritual político que rige las prácticas de cada actor, desde el presidente, el líder del partido oficial, las clases trabajadoras, los empresarios y la oposición, de derecha y de izquierda.

Se trata de un ritual que legitima el uso del poder por parte de la *familia revolucionaria*, a pesar de las contradicciones entre las élites de poder y las élites económicas, que en la génesis de este sistema político, y por las causas lógicas del movimiento armado, se relacionan a partir de una suerte de división social de las actividades políticas-económicas. Pero independientemente del predominio de la cultura política que adquiere forma a partir de esos referentes simbólicos, los conflictos al interior de ese bloque dominante, estarán marcados por los intereses contrapuestos entre un proyecto de nación fundado en esa estructura simbólica y los crecientes intereses empresariales que van desde lo económico hasta lo político. Lo que explica la evolución y erosión de uno y otro actor social. Los empresarios van generando las condiciones económicas, políticas y culturales para no permanecer excluidos del poder formal, mientras que la *familia revolucionaria* se obstina en mantener una actitud autoritaria, refractaria y antagónica al cambio que permita la participación ascendente del conjunto de la sociedad mexicana.

En este contexto debemos comprender los efectos contrarios de las relaciones gobierno-empresarios, en los gobiernos de Cárdenas y Miguel Alemán, quienes a pesar de pertenecer al periodo posrevolucionario, representan diferentes concepciones de lo que es el proyecto de nación, hacia dónde se deben de orientar las políticas públicas, y particularmente, sobre el papel que han de jugar los empresarios en el desarrollo económico de la nación, y el papel asignado socialmente a las clases trabajadoras. Evidentemente se trata de dos personajes que representan extremos políticos que son parte del mismo mito que construyó la presencia sociohistórica del partido oficial: Cárdenas la materialización del proyecto revolucionario, y Alemán un gobierno que procuró un trato preferencial con el sector empresarial.

En síntesis, la estructura simbólica a la que se ha hecho referencia es la que se someterá a cambios sustanciales en el periodo de la transición, donde nos interesa destacar el papel político que jugaron los empresarios en la redefinición de las relaciones sociedad-gobierno, y en particular, como elemento fundamental, primero, para legitimar la instauración del proyecto neoliberal a partir de 1982, segundo, para coadyuvar en la derrota política de la *familia revolucionaria*, que tuvo efecto en el año 2000. Se trata de ocuparnos, como lo sugiere Abner Cohen: ...del análisis de la interacción dialéctica entre dos variables principales: las relaciones de poder y el simbolismo⁶⁷.

⁶⁷ Cohen, 1979: 77-78.

Dicho de esta forma, consideramos para referirnos al periodo de la transición, el periodo que corre desde el gobierno del presidente Echeverría (1970), hasta finales del último año del gobierno de Zedillo (2000), cuando la *familia revolucionaria*, en su versión *tecnocrática*, sufrió la debacle electoral que llevó al poder a Vicente Fox Quezada, empresario y miembro del Partido Acción Nacional. Ya que los gobiernos de Echeverría y López Portillo representan los esfuerzos de la *burocracia política* por generar un flujo energético que fortaleciera a un sistema social amenazado por un entorno económico, nacional e internacional, que tendría serias consecuencias en el plano político-ideológico. De tal manera que se hace comprensible cómo Echeverría (1970-1976) y López Portillo (1976-1982) intentaron revivir el simbolismo que la *familia revolucionaria* creó alrededor del proyecto nacionalista que emergió desde finales de los años treinta.

La práctica política al interior del propio partido oficial, representa la deslegitimación de un ritual y sus estructuras simbólicas que aludían en el *imaginario colectivo* a una unidad nacional que reivindicaba el proyecto de la revolución mexicana, lo que hacía a las clases subalternas el referente fundamental de la legitimidad en ejercicio del poder de la *burocracia política*. Al mismo tiempo que propiciaba la cohesión del bloque dominante, pues independientemente de los conflictos entre las élites, los empresarios obtuvieron permanentemente los beneficios de un desarrollo que alcanzó su mejor expresión en los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando tuvo efecto el *milagro mexicano*.

De esa forma, estos dos últimos gobiernos constituyen el último esfuerzo de la *familia revolucionaria* por rectificar un rumbo que amenazaba al sistema social. En ese contexto es pertinente recordar que analizamos a la transición mexicana como un complejo proceso social donde sus estructuras se transforman a partir de su interacción, pero con dinámicas diferentes. Así, el movimiento del 68 y su consabida represión, proyecta también un nuevo símbolo que es representativo de la nueva relación entre el estado y la sociedad mexicana. Constituye un parteaguas si consideramos la transformación de las estructuras políticas, sin embargo, en el terreno económico, el parteaguas lo ubicamos hasta 1982, cuando el ascenso de la *tecnocracia* posibilita la instauración de un modelo económico que representa una nueva racionalidad del Estado, a partir de la cual se anteponen los intereses de la economía sobre los político-sociales. Y cuya expresión se advierte a partir de un desplazamiento de los trabajadores como actor social determinante en la reproducción de los rituales de

la política moderna mexicana, y el ascenso de los empresarios como tal.

El aspecto que se pretende dejar muy claro a lo largo de toda la exposición, es que finalmente se trata de un proceso político de largo aliento, a través del cual es posible reconocer un aprendizaje por parte de los empresarios respecto a cómo hacer valer sus intereses de clase en el proyecto mismo de la nación. Así como la represión del 68 generó un símbolo que contraponía las prácticas autoritarias de la *burocracia política*, a pesar que importantes sectores sociales que daban forma a la derecha mexicana, el PAN, el clero y los empresarios nacionales, avalaban la decisión del gobierno de Díaz Ordaz, este fenómeno político-social emergió como el referente obligado para explicar la nueva relación sociedad-Estado. Este símbolo representa el parteaguas de la transición, por lo que a política se refiere, es el punto sociohistórico de la vida moderna de México que permite articular lo que pasa en el país con eventos en el contexto internacional. Por otra parte, si así es posible plantearlo, el proyecto neoliberal que adquiere forma a partir del gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) representa el referente “material” de la transformación de las estructuras simbólicas que guiaron a la nación desde finales de los años treinta, cuando comenzó a definirse un proyecto de nación que dio al sistema político mexicano una estabilidad que no ha tenido ningún otro proyecto partidario en algún otro lugar del mundo.

Sin embargo, y esto es vital en la interpretación sobre la transición que aquí se presenta, la transformación de las estructuras de poder que desplaza finalmente a la *familia revolucionaria* obedece a un complejo proceso social. Este fenómeno es producto de las prácticas políticas al interior del partido oficial, *burocracia política vs. tecnocracia*, la erosión de las estructuras corporativas que vincula a las clases trabajadoras con el proyecto del Estado, el deterioro de las condiciones económicas nacionales e internacionales, y la actitud beligerante de los empresarios mexicanos que terminó por desgastar a una élite política obstinada en manejar monopólicamente el poder, así como en general, un proceso de maduración política que se reflejó en las coyunturas electorales a partir del *voto de castigo*, 1988, el *voto del miedo*, 1994, y el *voto útil*, 2000.

Por otra parte, no se trata solamente de reconocer que el empresariado mexicano es parte del bloque dominante, sino que en esa lógica y en la medida que la *burocracia política representaba a la fracción hegemónica*, la lucha por esa posición se da desde la definición del sistema político mexicano contemporáneo, aunque de manera mucho más nítida en el proceso de transición. Visto así, el proyecto de

nación que los empresarios poco a poco definen, representa también un símbolo que, desde la derecha, lucha contra el autoritarismo de la *familia revolucionaria* que erosiona, junto con otros elementos simbólicos, la legitimidad de la cual gozaron por más de setenta años. Se trata de un proceso en el cual la transformación de la *cultura política* de la sociedad mexicana se expresa a partir de un simbolismo cifrado en estructuras políticas, económicas y culturales que dejan de ser compartidas (que pasan de ser dominantes a una relación de equilibrio y luego de desventaja) con nuevos símbolos que se reproducen en el *imaginario colectivo*, por los flujos e intercambios entre las diferentes esferas del sistema social y los intercambios con el entorno.

La crisis del modelo populista que heredó la Revolución Mexicana, explica la erosión de una estructura simbólica representativa del pasado, y el surgimiento de una nueva simbología que emula la certidumbre sobre un futuro mejor. Así, habrá de cuestionarse hasta qué grado el proceso de transición, que por sí solo significa cambio, se expresa no solamente a partir de estructuras modificadas en relación a las existentes y las futuras, sino su calidad como *estructuras estructurantes* que reflejan, también, la transformación de las prácticas políticas, de las relaciones de poder entre los principales actores sociales; pues es evidente que al ascenso del neoliberalismo en la personificación de una *familia revolucionaria renovada*, la *tecnocracia*, continuaron ejerciendo autoritariamente el poder, hasta donde lo permitió la sociedad civil.

Por tal razón, en el capítulo III, del libro donde se trata desde nuestro enfoque la transición mexicana, se ha destacado la situación de los dos últimos sexenios “populistas” (Echeverría y López Portillo), en la medida que, amén de representar el agotamiento del modelo de desarrollo con un compromiso social, es el preámbulo del ascenso al poder por parte de los empresarios mexicanos, primero a partir del arribo de la *tecnocracia* que comparte en esencia un proyecto de nación diferente al heredado de la revolución mexicana, y segundo, la transformación de las estructuras económicas, políticas y culturales que permiten observar el acceso directo de los empresarios mexicanos al poder, fenómeno materializado a través del triunfo de Fox en las elecciones presidenciales del dos de julio de 2000.

Entonces, el reto es descubrir los *procesos sociales más significativos*, desde nuestra perspectiva, que permitieran comprender cómo las élites empresariales se constituyen en la fracción hegemónica del bloque dominante en este periodo que corre de los setenta al 2000. El primer punto, va dirigido a identificar la forma en que la derecha mexicana, representada por los empresarios, el clero y el

PAN, coinciden ideológicamente; con el objeto de pasar a identificar cómo los empresarios, a través del discurso de sus organizaciones empresariales, definen un proyecto de nación alternativo al dominante, y en el contexto de la contienda política que no se reduce a lo estrictamente electoral, proyecta su propuesta como una alternativa viable de sacar al país de la crisis política y económica en la que se encuentra. El segundo aspecto, es destacar cómo el discurso político de las organizaciones empresariales (CCE, COPARMEX, CONCAMIN, CANACINTRA y CONCANACO) da forma no sólo a un proyecto de nación alternativo al “populista”, sino que define el rumbo de la transición en la medida que se observa una clara coincidencia entre el proyecto de la *tecnocracia* y el proyecto empresarial. En ese sentido, representa una de las causas más importantes de la erosión ideológica de la *burocracia política*, así como la legitimación del proyecto de la *tecnocracia* que asciende al poder en 1982. Por ello se presta atención a los discursos empresariales de 1985, 1993, 1994, 1995, 1996 y 1997, que es el aporte de esta investigación al tema de los *empresarios mexicanos*. Se trata de sugerir, a la manera que lo hace Bourdieu, cómo las relaciones de poder entre las élites se expresa a través de una *lucha simbólica*⁶⁸.

La propia complejidad del proceso social nos impide realizar una interpretación donde se pongan en juego todos los elementos y procesos que aquí se quieren destacar. La continuidad en la interpretación sobre la transición mexicana, se refleja mediante la secuencia del discurso de las organizaciones empresariales de 1993, 1994, 1995, 1996 y 1997 (todos ellos publicados en la revista), que es concretamente el contexto al que habríamos de referirnos. No obstante, desprendemos interpretaciones “parciales” del proceso global que nos ofrecen elementos para relacionarnos como parte de un todo, dejando más claro la especificidad de cada uno de ellos. Es el caso de la corrupción; la cultura empresarial que descubre las posibilidades del nuevo acuerdo laboral; el movimiento *barzonista* donde participan sectores importantes del empresariado mexicano; y desde luego, interpretaciones y reinterpretaciones sobre el neoliberalismo, rasgos políticos y económicos que dan cuenta de la ideología de los empresarios mexicanos, así como el significado político que adquiere el gobierno de Fox.

Por último, es pertinente dejar claro que la metodología desarrollada en esta investigación, aunque se abocó a un análisis de un periodo muy delimitado, 1993-1997, descubre las tendencias del poder que permiten comprender, inter-

pretar y deducir las grandes líneas del gobierno de Fox, y por tanto las relaciones del nuevo gobierno con las élites empresariales. Esto alude, según la lógica de lo expuesto a lo largo de nuestro trabajo, al carácter empresarial del gobierno que llegó a partir del 1º de diciembre de 2000, que no se refiere tan sólo a las coincidencias entre el proyecto que promueve el nuevo gobierno y el de los empresarios mexicanos, sino a que hoy, a diferencia de otros gobiernos, son los propios empresarios los que asumen la dirección del Estado. Simplemente habrá que observar el origen empresarial de todos los gobernadores panistas que triunfaron en las gobernaturas de los diferentes estados, a partir del triunfo de Ruffo Appel en 1989 en el estado de Baja California. De tal manera que no es extraño que el gobierno mexicano que abre el siglo XXI, esté caracterizado por una evidente presencia de empresarios mexicanos que, generalmente, utilizaron al PAN como trampolín político, o que se unieron a la campaña foxista desde que Fox contendió por primera vez para la gobernatura del estado de Guanajuato. De tal manera que la presencia de empresarios en la secretaría de Economía, la de Comunicaciones y Transportes, la de Energía, la de Trabajo y Previsión Social, y la de la Contraloría, por sólo citar a las más destacadas, no sea gratuita y, además, nos permita comprender la racionalidad del Estado mexicano, en su vertiente panista.

De ahí la gravedad de las famosas declaraciones de Carlos Abascal, en su calidad de secretario del Trabajo, a propósito del *Día de la mujer*, cuando en un evento conmemorativo al respecto, en el interior de la propia secretaría, refleje por, un lado, el carácter conservador del sector empresarial y las consecuencias que esto puede tener en la definición de las políticas del gobierno, y por otro, lo que se puede expresar de la Nueva Ley Federal del Trabajo. El hecho de haber declarado en esa oportunidad que *se deberían crear las condiciones para que la mujer regrese al espacio familiar*⁶⁹, no es expresión del autoritarismo implícito en las posiciones conservadoras, sino de un desconocimiento de la realidad social que hace pensar en los riesgos que correrán las relaciones laborales en el futuro inmediato. Y desde luego, de un desconocimiento vergonzante sobre las implicaciones que los géneros adquieren en ese mismo espacio social. Independientemente, de las defensas que hizo el clero, a partir del apoyo público que le brindó el cardenal Rivera⁷⁰.

Qué se puede esperar de la reforma a la LFT, si el secretario del Trabajo fue ni más ni menos que el dirigente

⁶⁸ Bourdieu, 2000.

⁶⁹ Reforma, 16 de marzo de 2001.

⁷⁰ Reforma, 23 de abril de 2001.

de COPARMEX, organización que funda su *razón de ser* en garantizar una ley favorable a los intereses de las empresas. Desde luego que se legitimará la propuesta de amarrar los salarios a la productividad, como se ha visto en esta investigación, que coincide con la “alerta” enviada por el secretario de Hacienda y Crédito Público, Gil Díaz, digno representante de la tecnocracia zedillista, respecto a los peligros que significan los incrementos que se han autorizado para los salarios, ya que éstos pueden hacer más grave el problema de la inflación⁷¹. De tal manera que se dan todas las condiciones para mantener comprimidos los salarios, en contra del deteriorado nivel de vida de las mayorías. La moraleja es contundente: *primero los intereses empresariales y después los intereses de las mayorías*.

A pesar de ello, no podemos dejar pasar por alto las contradicciones que genera el propio neoliberalismo al interior de la clase empresarial, pues como se ha sugerido, el modelo de desarrollo de libre mercado, si bien ha beneficiado a los grandes empresarios... ha afectado a medianos, pequeños y micro empresarios. Los grandes empresarios apoyan el proyecto mientras el gobierno continúe garantizando sus beneficios, pero encontrarán hoy lamentos en lugar de críticas o censuras abiertas que afecten la legitimidad del gobierno foxista, como es el caso de las declaraciones de Slim en contra de la apertura del sector financiero: *la competencia es sana, pero sin entregar las compañías en charola de plata a extranjeros*⁷². Lamento secundado, curiosamente, por el dirigente de la CANACINTRA quien previene sobre los riesgos de las decisiones “malinchistas”. Lo que deja claro, cómo las organizaciones empresariales juegan las reglas favorables a los intereses de los grandes capitales más que a la defensa de los intereses de sus representados. En lugar que el dirigente de CANACINTRA promueva un proyecto social que saque a medianos y pequeños empresarios de la crisis en la que se encuentran, da la cobertura en su discurso a los intereses de los grandes empresarios.

Mientras Slim y los grandes empresarios de México (Carlos Slim, el hombre más rico de América Latina y el vigésimo quinto en todo el mundo, quien aumentó su fortuna en el año 2000 en un 36.7% para alcanzar una suma de 10 mil 800 m.d.d., es seguido en otros lugares de la lista de los 400 empresarios más ricos del mundo, por Emilio Azcárraga Jean, Ricardo Salinas Pliego, Lorenzo Zambrano, Eugenio Garza Lagüera, Alberto Bailleres, María Asunción Aramburuzabala –accionista de Televisa y Grupo Modelo–, Jerónimo Arango,

Carlos Peralta, Alfredo Harp Helú, Roberto Hernández y Germán Larrea⁷³, quienes no olvidan ni desatienden los riesgos que enfrentan sus intereses con los representantes de la contraparte (medianos, pequeños y micro empresarios); al intentar de cumplir con sus obligaciones, no pueden dejar a un lado la defensa de los intereses del gran capital, que según las tendencias de las dos últimas décadas, parecen entrar cada vez más en una contradicción irreconciliable.

Y para cuestionar hasta qué grado la llegada de la oposición al poder significa un cambio en las relaciones gobierno-sociedad, se encuentran las cartas de intención del Banco Mundial y la política económica y pública contemplada en el Plan Nacional de Desarrollo 2001-2006, donde evidentemente se destaca la apertura económica del sector energético y eléctrico, principalmente⁷⁴. Así como no hubo diferencias ni jalones entre la *tecnocracia priísta* con el FMI y el BM, la *tecnocracia panista* tampoco las tiene, y de la misma forma que los empresarios mexicanos a partir del discurso empresarial legitimaron el proyecto de De la Madrid, Salinas de Gortari y Zedillo, legitiman el de Vicente Fox; pues entre ellos existe tal continuidad y compromiso con los intereses de los grandes empresarios que las posibilidades de conflicto entre esas élites es prácticamente impensable.

Los empresarios mexicanos perciben de tal manera a estos gobiernos, que no tienen la menor duda respecto a que ellos ejercen el suficiente poder para dirigir o reorientar al país hacia los objetivos y mediante las políticas que ellos juzguen convenientes. Esto lo demuestra la posición que jugaron, por ejemplo, en el conflicto del CGH, la huelga impuesta en la UNAM, la llegada de los zapatistas al Distrito Federal, sus pretensiones de participar en la resolución de la Ley indígena. De la misma forma en que la COPARMEX se permite declarar que la educación en México debería estar más orientada hacia la cultura empresarial, promoviendo el *espíritu emprendedor y la economía de mercado con responsabilidad social*⁷⁵; o en el hecho que la CONCAMIN demandara al Presidente de la nación, *la expedición de un decreto para aplicar juicio sumario a los culpables de homicidio, violación y secuestro*⁷⁶, con el objeto de combatir la inseguridad que vive el país. Evidentemente, se trata de un actor político que tienen propuestas para todos los problemas que aquejan a nuestra sociedad, anteponiendo su intereses de clase y sus prejuicios culturales, cuyo sentido permite dibujar las consecuencias de que la derecha haya tomado el poder.

⁷¹ *Reforma*, 7 de junio de 2001.

⁷² *La Jornada*, 7 de junio de 2001.

⁷³ *Forbes*, junio, 2001.

⁷⁴ *Milenio*, 23 de mayo de 2001.

⁷⁵ *La Jornada*, 22 de junio de 2001.

⁷⁶ *La Jornada*, 26 de junio de 2001.

A manera de conclusión. El poder indudable de los empresarios

No cabe duda que la llegada al poder de los empresarios adquiere su momento culminante con la llegada del PAN a la presidencia en 2000 y su mismo refrendo político en el 2006. No obstante, consideramos rige una suerte de armonía entre la “nueva élite política” y los empresarios mexicanos. De hecho observamos la disminución política de las organizaciones empresariales y el ejercicio de poder desnudo que ahora hacen los empresarios. Son los sonados casos de los conflictos entre las principales cadenas televisivas de México: Televisa y TV Azteca, y el Instituto Federal Electoral.

Ahí, el poder empresarial tuvo que ver directamente con el poder económico y la importancia simbólica que tienen la propiedad de los medios de comunicación. Ello demostró cómo el poder económico es poder político, directo o indirecto, pues simplemente lo puede poner a su disposición. Los representantes de los principales partidos políticos, pensando en su futuro político y por tanto, los intereses de los propietarios de los instrumentos mediáticos, no apoyaron al presidente del IFE para imponerle a Televisa una multa que no representa nada para el poder económico del que se trata. No obstante, si no tenía significación económica por parte del propietario de esa empresa, Azcárraga Jean, no cedió un paso atrás hasta poner de rodillas a tan representativa institución democrática.

De igual manera, la posición del Carlos Slim, quien detenta entre el segundo y tercer lugar entre los hombres más ricos del mundo, con inversiones en muchas partes del mundo, pero sin mucha presencia en los medios de comunicación masiva, particularmente la TV. Es el tironeo que hacía Slim por adquirir señales televisivas para sus propios canales de televisión. Esto podría sugerir que los propietarios que monopolizan la TV, Televisa y TV Azteca, ejercen su poder político para evitar el paso a este otro empresario mexicano. No obstante, tardará en hacerlo pero Slim tendrá lo que él quiera en este país⁷⁷.

Este tipo de conclusiones que se han exhibido a través de las páginas de *El Cotidiano*, se hace posible por haber rastreado durante tanto tiempo el impacto que tiene no sólo el poder económico de los propietarios de las empresas, sino de su cultura política que poco a poco ha demostrado, tiene la capacidad de recurrir a uno y otro instrumento fundamental para ejercer la política moderna.

⁷⁷ *La Jornada*, 28 de mayo, 2009.

Con el análisis del discurso como lo he venido propuesto en *El Cotidiano*, y con el conocimiento producido por esa reducida comunidad de especialistas antes mencionados, es posible concluir, que:

- 1^a. El discurso político de los actores político-sociales permite reconocer su identidad, su posición ideológica, y por tanto, su relación en torno a las estructuras del poder. Sin discurso no hay política, pues precisamente éste constituye el único vehículo posible de comunicación de las ideologías. Por lo cual nos permite ubicar la transformación de uno de los aspectos más importantes de la cultura política del empresariado mexicano: *la forma de su participación en el espacio público*.
- 2^a. La reproducción de los rituales de la política moderna es prácticamente imposible sin los discursos de los diferentes actores políticos que aparecen en los medios de difusión masiva. En los rituales se evocan símbolos que una sociedad comparte, desde una perspectiva histórica donde se engarzan pasado-presente-futuro.
- 3^a. Los escenarios sobre los cuales se reproducen los rituales modernos del poder sólo son posibles a partir de la redefinición que hacen los medios de difusión masiva del espacio público. De tal forma que el discurso con un real significado político es el que los actores logran colocar en los medios: televisión, prensa, radio o internet.
- 4^a. El discurso político de las organizaciones empresariales juega un papel fundamental en el proceso de la transición, ya sea, primero, *deslegitimando* la posición hegemónica de la burocracia política, segundo, *legitimando* el ascenso de la tecnocracia al poder.

Los aportes de *El Cotidiano* han incorporado al tema del papel político de los empresarios mexicanos un amplio trabajo de investigación empírica sobre el discurso de las organizaciones empresariales, que junto a las comunicaciones políticas de otros actores sociales, recrean el nuevo espacio público caracterizado por el papel que juegan los medios de difusión masiva. De tal forma que con esa perspectiva se hace evidente un importante aspecto de la cultura política del sector empresarial, así como permite observar el papel que juega la comunicación política en la reproducción del sistema político mexicano.

Por último, tendré que decir que a través del discurso político empresarial: organizaciones, líderes y empresarios comunes, se resuelve la incógnita: *¿Cuál es la estructura de la ideología empresarial que permite su arribo al poder en el año 2000?*

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Randall Collins

Cadenas de rituales de interacción



ANTHROPOS